

LA FLAUTA EN LA ESCUELA

Desde principios de curso, los pequeños españoles disponen de un nuevo fetiche pedagógico: la flauta dulce. Desesperadamente tratan de obtener algunos sonidos coherentes del difícil tubo de madera de coco. No les suele acompañar el éxito. En las aulas, la flauta se acompaña de los instrumentos de percusión, creando a veces un gran conflicto sonoro: a veces se acompaña con los movimientos danzantes de los nichos derviches. Es el método de Carl Orff. No sabemos en este punto si la irrupción del método de Carl Orff obedece a un designio superior o a una moda rápidamente extendida por España. Eso sí, procedente de las grandes escuelas europeas. Y de las clínicas neurológicas. El método de Orff, nacido en la Günther Schuel, de Munich, goza hoy de fama universal y se le considera como una de las posibilidades de afirmar la personalidad mediante su unión a ciertas formas de la expresión primitiva. Siempre que se le tome en serio.

En este sentido, el método de Orff obedece a una determinada filosofía, o, si se quiere, a una mística. Es preciso conocerla. El compositor Carl Orff, cuyos "Carmina Burana" son muy admirados en España —los interpretan frecuentemente nuestras orquestas y nuestros coros nacionales—, tuvo una estrecha y profunda relación con el movimiento nazi, para el que compuso algunas brillantes y admirables marchas militares. La misma cantata "Carmina Burana", escrita en 1937, está compuesta sobre textos de alemán medieval —y trozos de latín— como homenaje y exaltación de la raza aria. Ciertamente que el compositor Carl Orff no estaba interesado en la persecución del pequeño judío, ni mucho menos, y probablemente su gran talento de sabio de la música y la filosofía no le permitían enterarse de la pequeña y la gran brutalidad en torno suyo. Así debía ser, sin duda, por encima de toda sospecha razonable, cuando la República Federal le concedió la Gran Cruz del Mérito. La conexión de Orff con el nazismo se hacía, indiscutiblemente, a nivel de una busca del superhombre —¿no componía a los diecisiete años, cuando

Hitler sólo tenía veintitrés, en 1912, "Así hablaba Zarathustra"?— por terrenos que él mismo ha definido como "la magia de lo incomprensible". El maestro muniqués es un devoto de la esencia primitiva del hombre y un enemigo de su adulteración posterior por lo racional. Sus investigaciones en el terreno de la infancia y de la locura, y sus acciones posteriores sobre escuelas y manicomios, tienen ese objeto de la recuperación de lo instintivo, de lo primitivo. Algunos críticos severos de su obra han indicado que en el aspecto de la percusión no había conseguido llegar más lejos de lo que llegan los africanos con sus "tam-tam" y con sus flautas, y que, en todo caso, sus grandes hallazgos eran fruto de injertar esa percusión primitiva dentro de la estética wagneriana, que es la suya. En cualquier caso, la negativa de belleza, originalidad y fantasía en las obras de Carl Orff debe parecer mezquina. El ciclo de sus óperas griegas (el uso de un idioma habitualmente incomprensible, salvo para estudiosos, es una constante en su busca de misterio y magia), "Carmina Burana", la "Música para niños", son monumentos de la música contemporánea.

El enigma mayor se plantea ante esta cuestión de si es o no realmente conveniente y útil esta colectivización del "tam-tam" y la flauta en la escuela española, y en saber, si es posible, si la adopción del método tan reputado de Carl Orff se ha hecho conociendo su filosofía y su intención, y si a los padres se les ha explicado su alcance. Si la nota conminatoria de algunas escuelas para que el asombrado padre adquiera una flauta dulce —a ser posible, de una determinada marca, cuyos importadores en España deben gozar en estos momentos de una inesperada felicidad— no debía haber ido acompañada de una explicación y, en un caso óptimo, de una consulta. En muchos colegios hay asociaciones de padres, aparte de las agrupaciones generales del país. ¿Se les ha explicado lo que significa el método de Carl Orff, quién es Carl Orff y qué busca, y si están conformes con aquella mística original?

■ PABLO BERBEN.

EL CREPUSCULO DEL MARISCAL

momento parece ser sobrevivir no sólo a los líderes apartados del poder, sino al propio Tito.

La influencia de estos dos personajes parece haber sido determinante en el desencadenamiento de la actual crisis. Es más que probable que se debiese a su iniciativa la carta que escribieron Tito y el secretario del buró ejecutivo, el abogado Stane Dolanc, a todos los comunistas, sin informar de ello al buró político, carta en la que se exigía de los destinatarios una mayor disciplina. Fue aquel un acto sin precedentes, al menos en los diez últimos años. Sin duda, ambos hombres intuyeron que el Presidente se alarmaba, conforme envejecía, al ver cómo el país y el Partido van cada vez más a la deriva. ¿Cómo no iba a inquietarse este bolchevique de primera hora al ver que Yugoslavia se lanza frenéticamente a la carrera consumista?

Romper las resistencias

La reforma económica de 1965, al rehabilitar el beneficio, acentuó las diferencias sociales. El abanico de los ingresos se ha abierto desmesuradamente. Numerosos empresarios particulares, los más hábiles, han amasado en unos meses inmensas fortunas. El socialismo «con beneficios» ha olvidado poco a poco los ideales humanitarios del marxismo. Cerca de setecientos mil trabajadores yugoslavos se han visto obligados a buscar trabajo en Occidente. La misma autogestión, fundamento sacrosanto del régimen, se ha transformado progresivamente en una cogestión practica sin entusiasmo y dominada por preocupaciones pecuniarias.

El espíritu de Guizot («enriquece») que reina en Yugoslavia, y el fin de la dictadura policíaca de Rankovitch, en 1966, exacerbaron querellas nacionales que se creían superadas. A todos los niveles —empresas, comunas, repúblicas, federaciones— los intereses particulares han venido chocando entre sí con creciente violencia en los últimos años. Atacado por todas partes, el poder central encontraba cada vez mayores dificultades para arbitrar en estas querellas. La Liga Comunista se descomponía en una constelación de partidos de las diferentes repúblicas cuya influencia disminuía incesantemente.

En vista de todo ello, era previsible una reacción de Tito. Pero en lugar de hacer frente a los problemas auténticos: las medidas económicas y políticas fundamentales (por ejemplo, los correctivos sociales que habría que aplicar a la reforma de 1965 para hacerla humana y progresista), el Presidente optó por una solución ya «experi-

mentada» (intensificación de la disciplina, depuración en las filas comunistas) y una táctica archiconocida (agitación de la base, escrupulosamente dirigida). Como si lo esencial fuese romper resistencias existentes en las instancias superiores del Partido.

Tito ha fomentado el desarrollo de una pseudorevolución cultural. El descontento popular está llamado actualmente a expresarse en público. Se multiplican en el país asambleas y reuniones de todo tipo. Los temas han sido elegidos por el séquito del Presidente: «Freno al enriquecimiento de los especuladores», «Dimisión de los comunistas irresponsables o demasiado blandos», «Unidad de Yugoslavia».

La operación tiene, sin embargo, sus riesgos. La delación reina soberana: se escribe a los periódicos o a la Policía para denunciar a los especuladores. Se exigen confiscaciones, arrestos. Pero hay algo más importante: ciertos elementos (de la izquierda y la derecha) se aprovechan de este clima para reaprovechar el papel actual del Partido: en determinadas fábricas, a iniciativa de obreros progresistas, se ha procedido a la crítica y a la sustitución de los responsables de base del Partido.

¿Se extenderá la rebelión de los dirigentes del partido comunista servio contra Tito? La dimisión de Kosta Popovitch ha representado un duro golpe para el Presidente y ha animado a los rebeldes, algunos de los cuales no se preocupan de ocultar sus deseos de ver retirarse a Tito para permitir el «libre juego de la democracia». Sin embargo, es esa una pregunta que nadie en Belgrado es hoy capaz de responder, ni siquiera el Presidente.

Ahora bien, se trata de una pregunta fundamental, porque afecta no sólo a ese país, sino a la seguridad de toda Europa. Si la crisis grave que atraviesa actualmente Yugoslavia abocase en una apelación al Ejército (única fuerza federal que subsiste) o en un fortalecimiento de la Policía, ello supondría un golpe fatal para un intento —muy imperfecto, es verdad— de socialismo abierto y, a un nivel más profundo, un golpe también para el mito, en el sentido estricto de la palabra, de la autogestión.

Ahora bien, «ya todo es posible —nos decía con gesto de preocupación cierta personalidad de Belgrado—, incluso la dimisión de Tito, hipótesis esta última que hubiera parecido absurda hace solamente unos días». «Imposible, Tito está demasiado ligado al poder», nos confiaba, por el contrario, otro responsable yugoslavo. Y añadía: «¡Por desgracia!». ■ LAURENT RAINER.